

MAESTROS Y DISCÍPULOS

JOSÉ MORALES

Resumen: La nota describe las características de la relación maestro/discípulo como un binomio universal que recorre la historia de la humanidad. Se trata de una relación primaria, misteriosa, dialéctica y libre, desarrollada por dos personas iguales y diferentes, que buscan la verdad y en esa búsqueda quieren hacerse mejores. El texto examina luego la posible patología de la relación. Por parte del alumno o discípulo, los defectos más destacados pueden ser la irreverencia y su opuesto, que es la idolatría. Por parte del maestro, la relación se corrompe cuando el magisterio se busca por sí mismo y cuando se rutiniza, o se invade la personalidad del discípulo.

Palabras clave: Saber, Libertad, Aprendizaje, Docencia, Influencia personal.

Abstract: The note describes the characteristics of the Master/Disciple relationship as a universal binomial which is found throughout the history of humanity. It is a primary, mysterious, dialectic, free relationship, developed by two equal and different individuals in search of truth, who in this search wish to become better. The text goes on to examine the possible pathology of the relationship. The most noticeable defects of the disciple or pupil may be irreverence, and its opposite, hero worship. On the master's side, the relationship becomes corrupted when the master's position in itself is desired and when it becomes routine, or invades the personality of the disciple.

Keywords: Knowledge, Freedom, Learning, Teaching, Personal influence.

Tomás de Aquino es considerado y llamado por muchos el *doctor común*, es decir, el que puede enseñar a todos todo lo importante para la existencia en el mundo, mientras caminan hacia la eternidad. Tomás no es un autor autobiográfico. Se oculta, por el contrario, detrás de sus escritos, pero es posible percibir en estos el latido de su amor de Dios y de su amor al ser humano caído y redimido.

El doctor común no oculta, en todo caso, el deseo ardiente de enseñar. La Suma de Teología —como una catedral gótica— se alza majestuosa a la glo-

ria de Dios, que es también para Tomás la gloria del hombre. La Suma puede ser considerada un libro de ciencia divina y de sabiduría humana.

Tomás de Aquino —como Agustín de Hipona— ocupa un lugar destacado en la historia de la educación. Innumerables hombres y mujeres han aprendido de él contenidos perennes, métodos de enseñar, y los motivos verdaderos y últimos para iniciarse en esos conocimientos.

Casi todos los autores que han cultivado los campos de la ciencia sagrada, la filosofía, la literatura, y el ensayo médico o científico han querido ser a su modo maestros de humanidad, y han deseado, con mayor o menor grado de compromiso, hacer mejores a los hombres. Muchos no han apreciado la dificultad de su empeño. Porque —como observa Newman— cambiar el corazón humano sólo con la pedagogía o la educación equivale a intentar extraer de una cantera bloques de mármol con hojas de afeitar.

Pero ese empeño es un propósito digno y noble, y merece ser visto con respeto, no sólo en su intención sino también en muchas de sus ideas, sugerencias y logros, aunque sean parciales.

Tomás de Aquino aceptará sin duda con agrado que en esta celebración suya dirijamos una mirada a las figuras, bien conocidas por él, del maestro y del discípulo, en algunos de los aspectos apasionantes y a veces dramáticos que los relacionan.

Maestro y discípulo son un binario universal que recorre como un hilo de fuego la entera historia de la humanidad. No hay comunidad, tradición religiosa, disciplina o artesanía que no tenga sus maestros y sus discípulos. El conocimiento y las artes son trasmisión, y en el progreso de cualquier tipo está presente el pasado. Los maestros protegen y en cierto modo imponen la memoria de las generaciones anteriores (Steiner, 143).

El arte más difícil de la vida es precisamente vivirla, y después de eso es el arte de enseñar y de aprender.

El deseo de conocer y de comprender la realidad, así como el llamamiento interior a enseñar, se encuentran como grabados en los mejores hombres y mujeres. No hay oficio más noble y privilegiado que el de enseñar. «Despertar en otros seres humanos poderes, ambiciones dignas y sueños que están más allá de los nuestros, inducir en otros el amor hacia lo que nosotros amamos, y hacer de nuestro mundo interior el futuro de ellos: ésta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra» (Steiner, 175).

Se trata en el maestro verdadero de una actividad desinteresada. Es como una vocación que no se puede poner en nómina. El buen maestro podría pre-

guntarse: ¿por qué se me remunera, por qué se me da dinero por lo que es el oxígeno y la razón de ser de mi existencia?

El maestro enseña saberes y técnicas, pero sobre todo opera en el espacio más amplio y más hondo y más alto de la vida. Como trata con hombres finitos, de carne y hueso, con una vocación y un destino, el buen maestro convierte el saber en sabiduría, y a través de lo accidental y lo particular, procura transmitir lo perenne. No se mueve por el mito del puro saber, convertido —como hacía Fausto— en una religión autosuficiente y cerrada en sí misma. No es como esos hombres que deciden no vivir, sino saber. Goethe decía: «toda teoría es gris, y verde es el árbol dorado de la vida».

Maestro es el que domina una materia o un oficio. Pero es ante todo un ser humano con luces y experiencia. Debe por lo tanto enseñar humanidad. Ningún éxito en otros aspectos de su acción llegará a compensar del todo el fracaso o la omisión de enseñar al discípulo a ser verdaderamente humano.

El ideal del maestro sería tal vez enseñar por el mero hecho de su existencia —como suele decirse que ocurre con los hombres y mujeres santos—. Es una existencia, un modo de ser y de vivir, que el discípulo o el alumno pudieran mirar con admiración y algo de esa perplejidad fecunda que mueve a hacerse preguntas, que conducen a cambios de mente, corazón y manera de obrar.

La palabra y la acción del maestro y la recepción por el discípulo se fundamentan inicialmente en la experiencia y el culto religiosos. Las lecciones y enseñanzas de los maestros eran las del sacerdote. El maestro se asemeja a un oyente del mensaje inspirado, al que se le ha confiado un logos que viene de lo alto, una Palabra que existía en el principio. Éste es, en esencia, el modelo que presta validez tanto al maestro de lo Torah como al comentador del Nuevo Testamento.

El magisterio del maestro medieval y renacentista era en principio el del doctor en teología, el de Tomás de Aquino, Buenaventura, o Duns Escoto en sus cátedras universitarias. Este patrón se ha extendido por analogía a la difusión, transmisión y codificación del conocimiento y de las disciplinas seculares.

Pero ese resplandor religioso de la primera hora permanece en el hecho de que, de un modo u otro, el maestro que realmente lo es enseña y trasmite alguna experiencia o visión anticipada de eternidad. Por eso todo magisterio válido, sobre cualquier asunto y a cualquier nivel, trasciende el detalle docente y la finitud humana del maestro y del discípulo. Se hace así ventana a lo eterno.

La relación maestro/discípulo no opera entonces a nivel bilateral, sino a nivel triangular, porque se nutre del logos y es fecunda gracias a la irradiación que de éste procede.

Igual que la sexualidad humana no puede nunca desprenderse de un halo de sacralidad, y por eso la custodiamos y respetamos, tampoco el magisterio, sobre cualquier materia de la sociedad y de la vida, puede separarse en realidad de su Causa última, que es la Palabra divina. Esta Palabra del principio desciende benévola, poderosa y envolvente, sobre todo hombre y mujer —perpetuos discípulos por naturaleza— que desean y respetan su influjo creativo.

La Palabra llega a un ser caído del que cabe esperar una resistencia. De allí un necesario deseo: hágase en mí según tu Palabra. Es un bello proyecto que tratamos de hacer operativo en nuestra existencia, después de haber escuchado, o estar escuchando, en nuestros años jóvenes la esencia de ese mensaje. Podremos así escuchar también nosotros esas palabras únicas: hoy estarás conmigo en el Paraíso. Entre estos dos momentos discurre nuestra vida en el mundo.

La relación maestro/discípulo es una relación que podemos considerar *primaria*. Es un componente necesario de la vida humana que se desarrolla a un nivel aceptable de dignidad. Se asemeja un tanto a la relación que existe entre un padre y un hijo, o entre hermanos que se quieren y ayudan, o entre amigos que lo son realmente, dado que en la relación de amistad rectamente entendida y vivida, se supone que los amigos deben hacerse mejores gracias al trato mutuo.

Es también una relación no carente de algún misterio. Es misteriosa porque envuelve y compromete a dos seres humanos, cada uno de los cuales es un misterio para sí mismo y para cualquier otra persona. Se halla siempre el enigma del otro, en su irrepetibilidad y en su carácter insondable, que se descubre gradualmente en la comunicación personal.

Maestro y discípulo se comportan en cierto modo como una sola realidad, que recuerda poderosamente la unidad intrínseca de la llave y la cerradura, o la del violín y el arco que le arranca las notas y le convierte así en instrumento musical.

Es una relación dialéctica, en la que ambos polos se influyen, dentro de un círculo semejante al hermenéutico, con una circularidad creativa que nunca termina.

La relación maestro/discípulo es finalmente una relación de aliados en la tarea de hacer ambos de sus vidas una obra de arte. Lo cual supone no hacer en la vida otra cosa distinta a lo que hemos de hacer, y si esto ha ocurrido, buscar y recobrar entonces el tiempo perdido.

Nos encontramos por lo tanto ante una asociación voluntaria y libre entre dos personas iguales y diferentes, que buscan la verdad y en esa búsqueda quieren hacerse mejores.

Lo primero que debe enseñar el maestro al discípulo es humanidad, como se ha recordado ya más arriba. Ésta es la enseñanza trascendental, entendiendo este término en el sentido metafísico, que se distingue de lo que es categorial o predicamental. Catoriales serían los contenidos concretos y detallados de la educación, la docencia o la trasmisión de una disciplina determinada. Humanidad es lo trascendente en la educación, lo que hace válidas, justifica y da sentido a las enseñanzas particulares.

También éstas deben enseñarse para que el discípulo esté en condiciones de llegar a ser experto en su dedicación. El maestro debe enseñar cosas concretas, y técnicas y modos de hacer que se miden y se pesan. Oí decir en cierta ocasión que si en un curso o en un departamento académico los que están allí no aprenden cosas es porque alguien no se las enseña. Es decir, no enseñan los que deberían hacerlo, y nunca se han planteado ante sí mismos esa cuestión, con el fin de reformarse y corregirse, o reconocer que no se hallan cualificados para la tarea. El historiador de la ciencia y de la filosofía Joseph Agassi se refiere a su maestro Karl Popper con estas palabras: «De él aprendí cómo hay que escribir y cómo no hay que escribir, cómo hay que argumentar y cómo no debe hacerse, qué es importante y qué no lo es, y cómo hacer uno su trabajo lo mejor posible».

El maestro tiene que respetar al discípulo y aprender él mismo gradualmente en qué debe consistir y cómo ha de manifestarse ese respeto. No puede tratarle con simple condescendencia ni usar con él los modos y el estilo que se podrían tal vez adoptar con un sirviente o un simple secretario o ayudante que pone al maestro los guantes y el abrigo en los días de invierno o le trae el café a las once de la mañana.

El maestro descubre paulativamente al discípulo como persona, si no lo sabía o lo imaginaba ya al principio de su relación con él. Descubre que en el discípulo o en el alumno hay siempre mucho más de lo que él es capaz de comprender y de captar en la más aguda de las suposiciones. Su discípulo es un mundo en sí mismo, y debe entrar en ese mundo con suavidad y tacto, que no excluyen la decisión ni la firmeza.

El maestro sensato no debe pretender que conoce perfectamente todos los registros, claves y teclas que expresan la persona en formación. El discípulo no es una máquina o un ordenador que el hombre puede conocer con detalle sencillamente porque están hechos por el hombre, que tiene en su poder el diseño, los planos y el mapa completo.

Hay una escena en Hamlet, la tragedia de William Shakespeare, que es apropiado mencionar en este contexto. Cuando dos antiguos compañeros van a ver al príncipe, enviados por su tío, el rey Claudio, para sonsacarle el enigma

de su personalidad, que se manifiesta en extrañas acciones y reacciones, tiene lugar el siguiente diálogo:

Hamlet. —No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar esta flauta?

Guildenstern. —Señor, no sé.

Hamlet. —Os lo ruego.

Guildenstern. —Creedme, no sé.

Hamlet. —Os lo suplico.

Guildenstern. —Señor, desconozco del todo su manejo.

Hamlet. —Es tan fácil, como el mentir; pulsad estos agujeros con los dedos; dadle aire con los labios, y el instrumento exhalará la más elocuente música. Mirad: estos son los registros.

Guildenstern. —Bien; pero no sé hacerles expresar ninguna melodía. Carezco de habilidad.

Hamlet. —Pues ¡ved ahora qué indigna criatura hacéis de mí! Queréis tañerme; tratáis de aparentar que conocéis mis registros; intentáis arrancarme lo más íntimo de mis secretos; pretendéis sondarme, haciendo que emita desde la nota más grave hasta la más aguda de mi diapasón; y habiendo tanta abundancia de música y tan excelente voz en este pequeño órgano, vosotros, sin embargo, no podéis hacerle hablar. ¡Vive Dios! ¿Pensáis que soy más fácil de pulsar que una flauta? Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por mucho que me trasteéis os aseguro que no conseguiréis sacar de mí sonido alguno.

Todo ser humano encierra un misterio insondable.

El maestro que lo es verdaderamente se alegra de que el discípulo le sobrepase. No sabemos con seguridad si Platón discernía en Aristóteles un discípulo brillante que corregiría algunas de sus tesis, y si se alegraba por ello, pero su grandeza de espíritu lo habría sin duda meditado y aceptado. Alberto Magno, el doctor universal, advirtió con gozo los avances especulativos de su discípulo Tomás de Aquino y defendió sus tesis nuevas en un ambiente hostil.

«El triunfo auténtico del maestro es ser refutado, superado por los descubrimientos del discípulo. Es discernir en el alumno una fuerza y un futuro superiores a los suyos» (Steiner, 156). Que algunos discípulos lleguen más allá de lo que alcanzó el maestro es como el certificado de que el maestro ha hecho bien su tarea.

Jesús de Nazaret es el único Maestro que no podía ser superado por ningún discípulo, y sin embargo su condición humana alcanzó y retuvo nuevas experiencias terrenas gracias a sus discípulos y seguidores. Jesús tuvo en muchas

ocasiones que aceptar la desilusión y abrazarse a ella. Pero también se conmovió y se iluminó su espíritu ante la sinceridad del amor que los suyos le mostraron en momentos felices y sencillos. Pudo consolarse ante la expectación con que eran escuchadas sus palabras, y derramó lágrimas por gente que le mostró ternura y afecto. Se dio cuenta de que una mujer, María, la hermana de Lázaro, era tal vez la única persona que le comprendía durante las horas melancólicas que precedieron a la pasión.

El maestro nunca puede pensar que no encuentra ningún discípulo o alumno digno de recibir y asimilar su ciencia o sus enseñanzas. Si no halla receptores que considere a la altura de lo que comunica o enseña deberá pensar más bien que la culpa —si hay culpa— es suya, y que el defecto pedagógico o humano está en él. No debe hacer como hacen muchos artistas de vanguardia que, llevados de su vanidad y egotismo, desprecian al público y le tachan de ignorante y paleta porque no acepta sus obras ni se interesa por ellas.

La palabra es la tarea más inocente del ser humano, y también el más peligroso de los bienes. Es el vehículo privilegiado de que dispone el maestro para entrar en la mente y en el corazón del discípulo. Pero la Palabra va acompañada también del gesto, de la imagen y sobre todo del silencio. Los silencios de Dios son tan expresivos y elocuentes como sus palabras. Algo parecido ocurre en los maestros de lo perenne, o que aspiran a serlo. Los maestros orientales se han doctorado ya desde hace siglos en el silencio.

El silencio y la sonrisa sellada del Buda eran tan importantes y cargados de sentido para captar y entender el mensaje del primer hombre que había alcanzado el nirvana y la iluminación, que inicialmente sólo un discípulo consiguió entenderlo, escondido como estaba en el semblante del maestro. Pero había quedado abierta la vía del silencio, para que los mortales se acomodaran a la rueda del destino.

Es bien conocido que algunos legendarios maestros Zen japoneses entusiasman y hacen vibrar a muchos discípulos iniciados, por el silencio que guardan ante determinadas preguntas, y arrancan de ellos exclamaciones calurosas y agradecidas de «muy bien maestro: has estado imponente y único en ese silencio tuyo».

La extrañeza del occidental ante semejante modo de descubrir el alma podría hacernos recordar aquellas palabras que Hamlet dirige a su gran amigo Horacio, que había sido un excelente estudiante universitario: «en este mundo, Horacio, hay cosas que desconoce tu filosofía».

¿Qué decir ahora sobre la patología de la relación maestro/discípulo? Comencemos por algunas manifestaciones de esa posible patología en los que de-

sempañan la función y el papel de alumnos. En estos tiempos ha entrado en muchas conciencias y en muchos ámbitos estudiantiles el virus de la contestación y del desacuerdo a priori como método. Lo dice muy bien George Steiner en una obra reciente, cuando escribe: «Yo describiría nuestra época actual como *la era de la irreverencia*. Las causas de esta fundamental transformación son las de la revolución política, del levantamiento social (la célebre “rebelión de las masas” de Ortega), del escepticismo obligatorio en las ciencias. La admiración —y mucho más la veneración— se ha quedado anticuada. Somos adictos a la envidia, a la denigración, a la nivelación por abajo. Nuestros ídolos tienen que exhibir cabeza de barro. Cuando se eleva el incienso lo hace ante atletas, estrellas de pop, los locos del dinero o los reyes del crimen. La celebridad, al saturar nuestra existencia mediática, es lo contrario de la *fama*. Que millones de personas lleven camisetas con el número del dios del fútbol o luzcan el peinado del cantante de moda es lo contrario del discipulazgo. En correspondencia, la idea del sabio roza lo risible. Hay una conciencia populista e igualitaria. El ejercicio de la veneración está revirtiendo a sus lejanos orígenes en la esfera religiosa y ritual. En la totalidad de las relaciones prosaicas, seculares, la nota dominante es la de una desafiante impertinencia» (*Lecciones de los Maestros*, Ed. Siruela, Madrid 2003, 172).

El vicio opuesto de la *irreverencia* hacia los maestros y profesores es la *idolatría*. Irreverencia e idolatría no son otra cosa en este terreno que manifestaciones de infantilismo. Los maestros no son infalibles, no lo saben todo ni lo pueden todo en el campo de la ciencia o de las relaciones humanas. Son seres humanos, con sus fragilidades y a veces con sus pequeñas o grandes extravagancias.

La patología de la relación maestro/discípulo ocurre por parte del maestro cuando busca y retiene con afán esta condición, olvidando que ser maestro es una condición arriesgada y peligrosa que no debe ser buscada por sí misma. Uno sencillamente se encuentra con ella y entonces debe aceptarla como tarea. El maestro no debe serlo únicamente dentro de un organigrama o de una estructura administrativa. Debe serlo principalmente ante sí mismo. Ha de ser maestro o profesor desde dentro.

La relación se corrompe también, o al menos se empobrece, cuando el profesor trivializa o hace rutina de su magisterio o su docencia, reduciéndolos a la trasmisión de recetas pragmáticas de quita y pon, o cuando es dado a amenazar al discípulo que, a su juicio, no cumple como debe o no sabe lo suficiente.

El maestro actúa mal cuando invade la personalidad del discípulo, sin ser consciente de que penetra en una suerte de santuario; o cuando trasmite ideas o sentimientos malvados o inoperantes, de esos que conducen a la corrupción o a la esterilidad intelectual o espiritual.

Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano. Es buscar acceso al espíritu vivo, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción que, conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivos. Arrancan de raíz la esperanza. La mala enseñanza es, casi literalmente, asesina y, metafóricamente, un pecado.

La antienseñanza podría estar cerca de ser la norma. Los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas de sus alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o los sabios.

El maestro hace sin saberlo parodia de sí mismo cuando se convierte en un charlatán. Cuando derrama palabras y palabras y más palabras, que se hallan años luz distantes de la Palabra con mayúscula. Se asemeja entonces a unos de esos curanderos, gurús, o proveedores de consejos seudo espirituales que tanto abundan en el mundo.

Vivimos un tiempo de parodias. El conocimiento y la sabiduría se han convertido en información ramplona y desorientadora. Aceptamos hoy los mitos imperantes y las realidades de la paz, la democracia y el libre mercado. Pero la paz se corrompe frecuentemente en pacifismo, y la democracia es a veces el imperio de mafias que se han instalado en el poder del estado. El libre mercado no pasa de ser en ocasiones una constelación de mercados y de consumidores cautivos.

Pero siempre existirán maestros y discípulos que han comprendido su papel y que lo desempeñan con dignidad.

Igual que no existe una definición unánime de arte, tampoco hay una noción clara y unánime de educación o de cuál deba ser el régimen preciso de la relación entre maestro o profesor y discípulo. Caben por todas partes la originalidad, la improvisación feliz y la creatividad.

Nosotros hemos hecho y vivimos en nuestro pequeño pero intenso mundo una experiencia cotidiana, de amistad y de respeto mutuo a través de la cual aprendemos todos continuamente a ser maestros y a ser discípulos. Los maestros aprenden, y los discípulos saben que, de un modo u otro, tendrán pronto, también ellos, que ser maestros.

José MORALES
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA